

Bibliotecas de aula en México

A gritos y sombrerazos

Para un bibliotecario (y más, escolar) en España, ha de ser muy sorprendente que un programa de creación de bibliotecas de aula ocupe las portadas de los periódicos, que decenas de escritores y demás intelectuales opinen sobre el tema, que se publiquen comunicados a favor o en contra del proceso de selección de los libros que conformarán esas bibliotecas. Es, para envidia del bibliotecario español, lo que ha sucedido en México el pasado agosto, mes de inicio del curso escolar.

La Secretaría (o Ministerio) de Educación Pública (SEP) presentó, en los primeros días de agosto, la lista de 292 títulos que formarán las bibliotecas de aula de diez grados (preescolar, seis de primaria y tres de secundaria) de todas las escuelas públicas mexicanas. Esta acción se inscribe en el *Programa Nacional de Lectura para la Educación Básica y Normal 2001-2006*, cuenta con un presupuesto de 450 millones de pesos (unos 45 millones de euros) y, en palabras de la SEP, pretende “atender al cien por ciento de las aulas de las escuelas públicas de educación básica, lo que constituye un logro muy considerable, en virtud de que hoy sólo 2% de las aulas cuentan con una dotación semejante”.

Este tipo de acción, de dotar con fondos bibliográficos a las escuelas mexicanas, no es nuevo. Se inscribe en una ya larga tradición que se inicia con el *Programa Lecturas clásicas para niños* lanzado por José Vasconcelos, primer Secretario de Educación Pública (1921-1924) tras la revolución mexicana, y que consistió en la creación de bibliotecas (334 bibliotecas escolares entre 1921 y 1923) y la edición masiva de libros clásicos (por ejemplo, 38.940 ejemplares de

la *Iliada* o 15.000 de obras de Esquilo), pues para Vasconcelos “la biblioteca complementa a la escuela, en muchos casos la sustituye y en todos los casos la supera” (1).

También en esa línea se inscribe la acción propulsada por otro Secretario de Educación y anteriormente colaborador de Vasconcelos, Jaime Torres Bodet. En los primeros años cuarenta se lanza la no muy exitosa *Campaña Nacional contra el Analfabetismo* y para ello se hace un gran esfuerzo editorial (cartillas de lectura, cuadernos en papel periódico regalados a los maestros rurales, cuadernos de cultura popular...).

Otro programa impulsado desde la SEP fue *Rincones de Lectura*, que de 1986 a 1994 publicó cerca de 25 millones de ejemplares que se distribuyeron en 70.000 escuelas primarias y 48.000 jardines de niños (2) y que, según Daniel Goldin, editor de libros infantiles y juveniles, en cuanto a la formación de docentes y acervos, es “de lo más importante que se ha hecho en cualquier país de lengua española”.

Desde hace algo más de 40 años los libros de texto en México son gratuitos (por cierto, una de las actuales propuestas educativas del PSOE). Para el curso 2002-2003 se han editado y distribuido 170.610.480 ejemplares para 24 millones de alumnos que cursan preescolar, primaria y secundaria.

Pero parece ser que, dado que el contenido de los libros no se transmite hasta ahora ni por contagio ni por ósmosis, estos programas no han conseguido crear un país de lectores. En gran parte de los casos, esos libros que llegaron a las escuelas o no se desembalaron, o fueron cubriéndose de una espesa capa de polvo, o sin más poco a poco fueron desapareciendo. El caso es que con

Ramón Salaberria

cierta frecuencia el lector de periódicos mexicanos se desayuna con un titular que le insiste una y otra vez con que los índices de lectura en México, según la UNESCO, la OCDE o cualquier otra institución, son bajísimos, entre el último o el penúltimo lugar de una larga lista de países.

Un grandísimo pastel

Si los editores han convertido la Feria del Libro de Frankfurt de este año en un anegado valle de lágrimas, qué se puede decir del comercio editorial en los países latinoamericanos, donde la mayor parte de la población cuenta con muchísimos menos recursos para la adquisición de libros, donde los libros tienen un precio mayor que en una librería española, donde los índices de escolarización de la población son mucho más bajos que los de la europea, donde no existe una estructura de comercialización del libro (según la Asociación Mexicana de Libreros, 448 librerías en todo el país, lo que supone menos de una por cada cuarto de millón de habitantes). Bueno, la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana lo dice claro: “las ventas de libros registraron una caída del 11% en el periodo 1999-2000”.

En estas circunstancias no es difícil imaginar lo que puede suponer para el mundo editorial un programa de dotación de libros (27 en promedio) a 784.000 aulas, esto es, tiradas por título que van de los 52.000 a los 134.000 ejemplares, esto es, algo más de 21 millones de ejemplares, esto es, 45 millones de euros en juego. Un gran y sabroso pastel. Añadámosle la guinda: la adquisición de otros 10 millones de ejemplares para la dotación de fondos bibliográficos a 100.000 bibliotecas, ya no de aula, sino escolares.

El reparto

Una vez que existía el presupuesto, el siguiente paso era el de seleccionar los títulos que conformarían las bibliotecas. El aspecto más delicado y el que más polémica ha creado. El mecanismo de preselección aún no está muy claro. Parece que la SEP convocó a editoriales para que propusieran las obras que consideraban más interesantes. Con ellas se formó un listado de 6.500 títulos. De éstos, dos asociaciones, Colectivo Leamos de la Mano de Papá y Mamá (del Centro Regional para el Fomento del Libro

en América Latina y el Caribe, de la UNESCO) y Asociación Mexicana para el Fomento de la Literatura Infantil y Juvenil, seleccionaron 669 títulos. Posteriormente, 83 expertos, divididos en diez grupos de trabajo –uno por grado– revisaron los libros seleccionados para elegir 292 –33 fueron libros bilingües español/lengua indígena (3)–: 27 para preescolar, 152 para los seis grados de primaria y 80 para los tres grados de secundaria.

A los días de publicarse el listado definitivo de títulos, y dada la fuerte polémica existente en los medios de comunicación, la SEP sacó un comunicado donde señalaba los criterios que se habían seguido en la selección: libros *flexibles y heterogéneos* (para atender gustos, propósitos y niveles de lectura diversos), *ilustrativos y no exhaustivos* (porque no es posible reunir a todos los autores fundamentales en un acervo inicial), *no especializados* y, finalmente, *lúdicos y recreativos*.

Los libros seleccionados, atendiendo a su temática, se dividieron en 22 categorías. Entre las más representadas se encuentran la de narrativa infantil actual (49 títulos), indagación científica (34), historia y cultura (25), ciencias biológicas (25), poesía (23), narradores clásicos (19), obras de referencia/diccionarios (12) y teatro (11).

El proceso de selección tenía que atenderse a una cantidad cerrada de libros por categoría y grado. Así, por ejemplo, para sexto de primaria, en la categoría de poesía, tenían que ser dos. Y eran cuatro los preseleccionados. El libro seleccionado en primera opción, con la mayor preferencia de los seleccionadores, fue *El libro de las preguntas*, de Pablo Neruda. El escogido en segunda opción fue *Rimas y leyendas*, de Bécquer. En tercera opción ubicaron el libro *La rama* de Octavio Paz, mientras *Apalka*, de Ernesto Cardenal, se ubicó en la última preferencia. Gran escándalo: el Premio Nobel de Literatura, el mexicano Paz, quedaba excluido.

El enojo

Las reacciones de los intelectuales mexicanos ante la selección de libros fue diversa: aplausos y silbidos. Los inconformes publicaron una carta dirigida a Vicente Fox, presidente de México, de donde extraemos



algunos de los motivos de queja:

- la SEP no especificó el criterio de integración de las bibliotecas;
- se primó a los libros de divulgación científica en detrimento de los literarios (así Homero Aridjis, presidente del PEN Internacional, asociación de escritores, escribía: “Abundan las obras sobre temas triviales realizadas por autores desconocidos, y las de carácter informativo, que bien pudieron ser suplidas por una buena enciclopedia”. El dramaturgo Víctor Hugo Rascón Banda, presidente de la Sociedad General de Escritores de México, y participante (arrepentido) en el proceso de selección señala: “La mitad de los libros de estas pequeñas bibliotecas tienen que ser libros de divulgación científica y cultural, relacionados con las ciencias, la biología, la historia, la ecología. ¿Por qué no formar las bibliotecas sólo con libros de literatura? Porque dice la SEP que la UNESCO dice que una biblioteca escolar debe tener 75 por ciento de libros con contenido informativo y sólo 25 por ciento de literatura. Si esto es cierto, la UNESCO está equivocada, porque para alejar a los niños de la lectura nada mejor que los libros informativos de consulta sobre las materias que obligatoriamente cursan en cada grado. La lectura es un acto gozoso, por el simple placer de leer, no un acto obligado para informarse, aprobar una materia o hacer la tarea”);
- la selección de los títulos ha beneficiado principalmente a las editoriales extranjeras convocadas, en perjuicio de la industria editorial nacional (así, de SM se seleccionaron 30 títulos y de Planeta, 25. De la mexicana Fondo de Cultura Económica, 3);
- son tan pocos los títulos relacionados con la historia y la cultura mexicanas, que tal parece que el escolar de este país es un niño globalizado, carente de historia y de entorno cultural;
- se han seleccionado libros de autores españoles y de extranjeros traducidos al español de España, en los que hay modismos y formas verbales que no son utilizados en México. (Aridjis escribe: “Pero el principal problema en este tipo de ediciones [las españolas], que no vieron los

pedagogos de la SEP, es el uso de la segunda persona del plural en los nombres y verbos, como vos, vosotros, habéis, comeréis, leeros, veniros, a sabed. La utilización del usted y ustedes es una de las cosas que más distingue el español de México del de España”).

Descubrir el pastel

Tras esta sonora polémica hay algunos aspectos que parecen haber quedado claros: que para muchos escritores el territorio de la literatura infantil es *terra incognita*. Ni ha existido un Roald Dahl, ni Christine Nöstingler, ni Ana María Machado, ni Rodari, ni Anthony Browne, ni Sendak, ni Ungerer, ni, por citar un autor mexicano, Francisco Hinojosa. Los suyos son los grandes nombres: Salgari, Verne, Dumas... A huevo.

El binomio *lectura y placer* parece que tiene larga vida. Y también parece que esa lectura de placer sólo puede existir con un texto literario. Si no, o no hay lectura o no hay placer. ¿No hay otros usos de la lectura?

Casi unánimemente se aprueba, al menos no se cuestiona, el método paracaidista para la creación de bibliotecas. Casi ninguna reflexión se ha centrado en el papel de la comunidad educativa en la selección de los libros que conformarán las bibliotecas de las aulas del extraordinariamente diverso país que es México. Los expertos deciden, la SEP los adquiere, y a 784.000 aulas se les hace llegar un lote. Ya tienen los libros que les han seleccionado, ya van a formarse como lectores. Entonces, sobran cuestiones sobre si los profesores han sido formados, si saben trabajar con una biblioteca en el aula, sobre cómo van a coordinarse las bibliotecas de aula de una misma escuela entre ellas, sobre si el libro de texto va a seguir siendo el indiscutido monarca del acto educativo, sobre por qué los otros programas de dotación de libros a las escuelas apenas tuvieron incidencia, y éste se supone que sí la tendrá..

Pero, en fin, los autores mexicanos, por la razón que sea, se han dignado a debatir sobre los libros de las más humildes de las bibliotecas: las bibliotecas de aula de la escuela pública. Toda una lección para los muy exquisitos, y tan calladitos en estos temas, escritores de la madre patria. ☑

Notas

- (1) Para conocer al Vasconcelos bibliotecario puede consultarse: SAMETZ DE WALERSTEIN, Linda. *Vasconcelos el hombre del libro: la época de oro de las bibliotecas*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1991.
- (2) La persona interesada en las características de este programa puede consultar: Entrevista con Marta Acevedo: Rincones de lectura, otro lugar desde donde leer. *EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA*, n. 62, 1995, p. 50-51.
- (3) En la lista que se reproduce en recuadros rosados a lo largo de toda esta sección y que se obtuvo del Diario *reforma.com* no se recogen esos 33 libros bilingües español / lengua indígena.